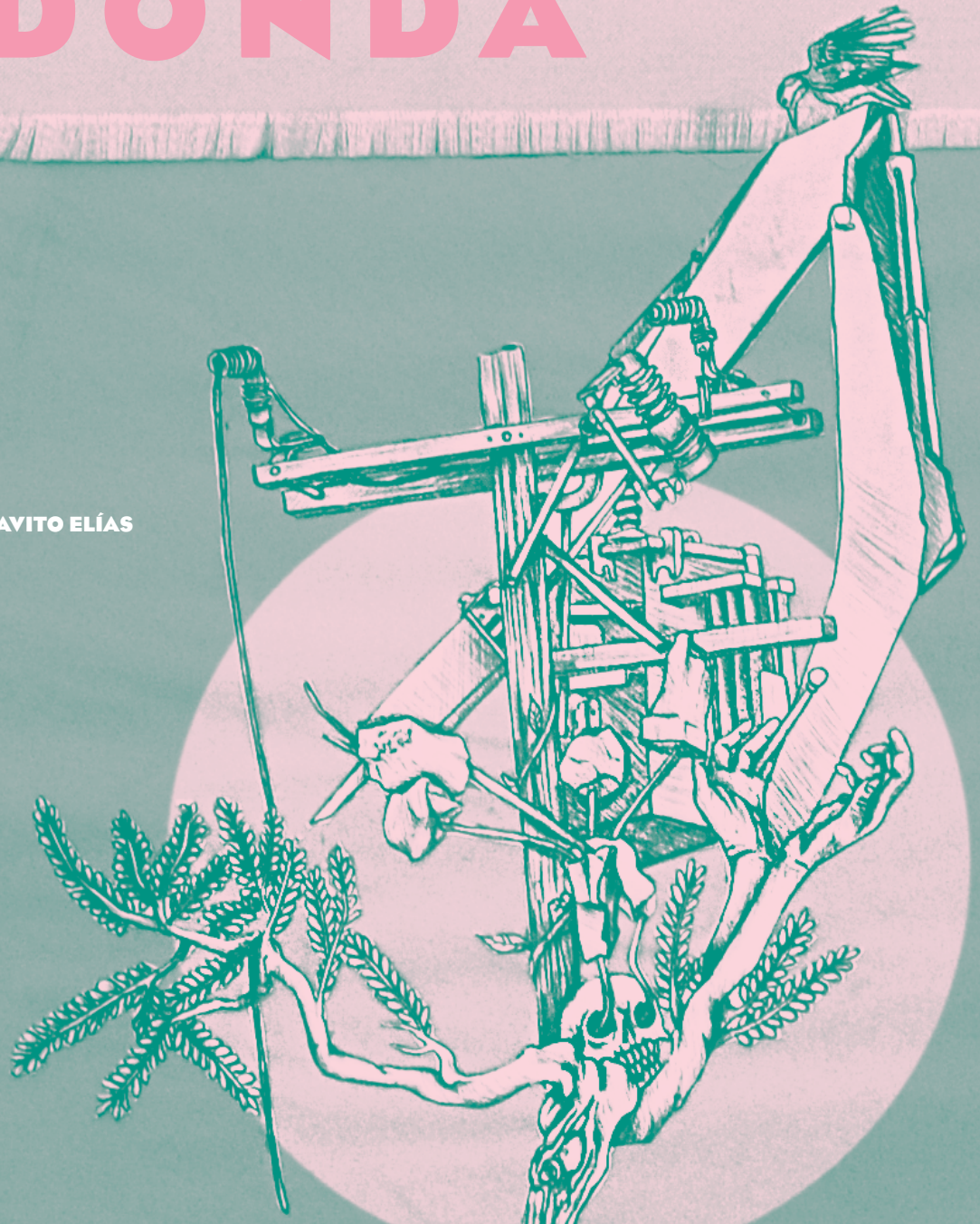


DE ARTES Y ESPEJISMOS

LA VERDAD  
**BIEN**  
REDONDA

● ROSA ALBINO CARAVITO ELÍAS



A LA SOMBRA DEL SENTADO / TÉCNICA MIXTA, 46 X 64 CM / AÑO / DUOTONO



Para iniciar esta presentación, déjenme contarles que soy una mujer afortunada, pues tengo el privilegio de que Arturo Cantú me haya regalado el ejemplar número 14 firmado por él, de su edición de 21 ejemplares de *La caja de colores* que diseñó y cuidó al alimón con Eduardo Clavé, en 2001. Y ahora celebro que la UANL lo haya reeditado, y también el privilegio de estar aquí con ustedes para presentarlo. Mucho le agradezco al maestro Humberto Salazar su invitación.

Y quiero contarles algo más. Hace algunos días, desolada escribí a Humberto Salazar para notificarle que no encontraba el libro de mi maestro Cantú, precisamente cuando me disponía a preparar esta presentación. Me resistía a creer que no estuviera en el lugar que hace tiempo le asigné junto a *En la red de cristal*, que es su estudio del poema “Muerte sin fin”, de Gorostiza, y al lado de Alfonso Reyes, su maestro. Humberto, muy gentil, me envió la versión electrónica de la pequeña joya que hoy estamos presentando. Mientras la releía maravillada, también por las bellas ilustraciones de su amigo Gerardo Cantú, y el prólogo de su también amigo, Alfonso Rangel Guerra; en una especie de arrebató me levanté a buscar de nuevo mi ejemplar de *La caja de colores*. Lo encontré al lado de los cinco libros sobre las necesidades esenciales en México que el maestro Cantú coordinó en Coplamar y que publicó Siglo XXI en 1982, es decir en mi sección de Economía. Así pasa con los filósofos cuando, como Arturo, se toman en serio el amor por saber, por entender, por conocer, por dilucidar, por desentrañar las máscaras de lo real para transformarlo. Los podemos encontrar, como un Leonardo Da Vinci, por todos los rincones de la creación. Si *La caja de colores* había ido a dar al lado del diagnóstico de las necesidades esenciales, no es que yo sea desordenada, lo que pasa es que hay un puente entre ambas obras, porque estoy segura de que Arturo tomó la decisión de estudiar la pobreza en México a los diez años, cuando su compañero de quinto grado de primaria lo invitó a su fiesta de cumpleaños.

Ese, que es uno de los pasajes más entrañables de este libro, inicia así: “Hacia el final del quinto de primaria, uno de los compañeros de la escuela me invitó a su cumpleaños”. Y después que describe esa vivencia nos dice:

Siempre recordé esa tarde en que descubrí, nuevo Buda, que en el mundo había pobreza. ¿O cómo llamar entonces a una fiesta de cumpleaños de un solo invitado, a unos tamales sin carne, a un patio para jugar que era un montón

de escombros, a una casa que sólo tenía un cuarto de tablonos sin desbastar con aberturas por las que se podía ver la calle? Había algo incomprensible en aquella miseria que entonces me pareció la mayor posible...

Y evidentemente Arturo no quiso que la miseria fuera algo fatal, como es todo lo incomprensible, y a su paso por Coplamar coordinó la elaboración del diagnóstico de la pobreza más profundo y exhaustivo que jamás se hubiera hecho en México, antes de que los gobiernos hubieran puesto de moda a la pobreza porque hicieron del país una fábrica de pobres. Y, claro, de la mano del diagnóstico propuso las soluciones. Sólo el libro de Andrés Molina Enríquez *Los grandes problemas nacionales*, publicado dos años antes de que estallara la Revolución Mexicana de 1910, podría estar a la par de la obra coordinada por Arturo.

*La caja de colores* es un homenaje a su madre, y a lo largo del libro Arturo se presenta de cuerpo entero. Un hombre comprometido con las ideas, con la inteligencia, con la justicia, con lo bueno y con lo bello, con su país y con el mundo. Seguramente la señorita Consuelo Meyer, fundadora de la Facultad de Economía de esta universidad, atisbó en el joven Arturo (tan joven como el veinteañero que era) su humanismo renacentista y no dudó en pedirle que diseñara y editara una magna obra: los 24 fascículos de Historia de la Civilización Contemporánea para los 3 cursos que formaban parte de la preparación de los economistas. Así fue como nos hizo leer a los pensadores en sus textos originales, desde Platón hasta Sartre, para que los interpretáramos sin más armas que el pensamiento y la palabra. Nunca una explicación del maestro Cantú, sólo la pregunta aguda e inteligente y el comentario filoso ante las respuestas de sus adolescentes estudiantes. Mejor maestro no he tenido. Esa ha sido una de las aventuras intelectuales más formativas y enriquecedoras de mi vida. Hace años me comentaron que han desechado ese curso del programa de la Facultad de Economía. ¡Ojalá haya escuchado mal!

Me encantó saber por medio del maestro Humberto Salazar que se obsequiará *La caja de colores* a los asistentes a este evento. Se llevarán ustedes una pequeña y preciosa joya de la literatura. Léanla y vuélvana a leer. Y nunca serán los mismos de la

lectura anterior. Porque lo bello transforma el alma y el entendimiento. Pero la tragedia también está presente, no sólo la tragedia de la pobreza sino también la tragedia de la muerte. Y así acompañamos al niño Arturo que va caminando de la mano de su madre y por aquella charla descubre que ser doctor cuando fuera grande no lo salvará de ser mortal. “Mamá me aclaró que todos vamos a morir, tarde o temprano...”. Su madre le había quitado el filtro de la inmortalidad y se sintió atrapado. La tragedia de la finitud de la vida desde la inocencia del pequeño dios que es un niño, es abismal. Al leer este pasaje recordé aquella parte de su curso de Civilización Contemporánea sobre la mitología griega; aquel diálogo juguetón entre los dioses del Olimpo, eternos, y los hombres, simples mortales tratando de alcanzar el Olimpo. ¿Acaso la

**ENTENDÍ QUE LAS PALABRAS HACEN FLUIR EL CONCEPTO, QUE AMBOS VAN DE LA MANO. Y QUE EL PROCESO DE CONOCIMIENTO ALGO DE ARTESANAL TIENE.**

madre no fue uno esos dioses que arrojó del Olimpo de la inmortalidad al pequeño Arturo de tres o cuatro años? Tarde o temprano Arturo habría descubierto la dolorosa condición de la finitud humana, pero yo nunca he leído el descubrimiento de la mortalidad con la profundidad y belleza que lo hace Arturo en estas páginas, como sólo un adulto desde su esencia de niño lo podría hacer.

Regalos especiales, auspicios interesados sobre mi vocación y mi futuro, dice Arturo en su libro, a propósito de los que recibió de su madre y de sus familiares como el primogénito que fue. Y así resultaron. Porque, ¿cuánto de la caja de colores que le regaló su madre y que da título a esta pequeña joya, estaba en aquellos abundantes lápices pulcros, con la punta afilada, con los que corregía los textos que llevábamos a su oficina a revisión? Lápices que hendían con fuerza en las páginas, de manera que en el vaso que los mantenía verticales, parecían soldados en

imaginaria, prontos para el recambio en el campo de batalla. ¿Y cuánto de aquel mecano, también regalo de su madre, no estuvo en su amor por las grandes obras de ingeniería? En su admiración por la inteligencia humana puesta en acto para dominar la naturaleza. Una tarde poco antes de morir, de manera inopinada me llamó por teléfono, como el maestro que tiene la obligación de serlo también fuera del aula y a lo largo de toda la vida. Por esos días habíamos hablado sobre la situación en Pemex. La orden fue breve y concisa: “Prende la televisión, en tal canal están pasando un documental sobre la construcción de una plataforma petrolera en alta mar”. Y en efecto, era fascinante ver cómo los tritones humanos con sus grandes máquinas, como los mecanos del Arturo niño, dominaban la fuerza del océano para sembrar enormes torres de acero. En su libro, nos dice Arturo que de niño vio en el cuidadoso embalado de su mecano, en la disposición de sus piezas, “el ensayo de una arquitectura más vasta, columbrada con asombro y con deleite, sin palabras, a la altura de aquellos ocho años de vida”. Subrayo: “el ensayo de una arquitectura más vasta”. Por ejemplo, la construcción de una plataforma petrolera en alta mar.

Algún día quise su opinión sobre un largo escrito que elaboré. Muy serio, con su soldado-lápiz en la mano, casi molesto, me preguntó: ¿Por qué en Arial? Nerviosa, yo esperaba su opinión sobre el contenido, y él me recibía con esa observación sobre la fuente que utilicé. “Los textos literarios siempre se escriben en Times New Roman”, me espetó. Por cierto, así escribí esta presentación. ¿El minimalismo del trazo Arial no puede contener los recovecos literarios? No lo sé. Sólo sé que para el maestro Cantú, tan importante era el contenido como la forma. “Si no saben cómo decirlo es porque en su cabeza no lo tienen claro”, nos dijo alguna vez en clase. Desde entonces entendí que las palabras hacen fluir el concepto, que ambos van de la mano. Y que el proceso de conocimiento algo de artesanal tiene, pues a la hora de escribir y de hablar se escucha el ruido de las herramientas del entendimiento moldeando las palabras como en un crisol, y las palabras de regreso puliendo al concepto. Pero si Arturo me estuviera escuchando, quizá diría: ¿qué tonterías estás diciendo, Rosa Albina?

*La caja de colores* es un libro profundo y bello, como profundo y bello puede ser el texto de un filósofo

poeta, que eso era Arturo Cantú. Un homenaje a su madre muerta apenas dos años antes, construido con los recuerdos de su primera infancia. Y el dolor de esa muerte, nos dice, no es por la mujer de 83 años, sino por

... la mamá que me dijo sonriendo, con traje color aguamarina, “todos vamos a morir” y que se había quedado ahí, detenida, inmortal... Porque la conciencia de sí mismo es siempre inmortal. El presente es todo de golpe, completo, inexpugnable como “el intrépido corazón de la verdad bien redonda” (verso tomado del “Poema de Parménides”).

Y si todo es poesía en *La caja de colores*, en las últimas páginas del libro esa poesía alcanza una fuerza telúrica domada por la dulzura de las imágenes. Es una loa a la tranquila regularidad de las cosas que de la mano de su madre descubrió de niño, una expresión muy recurrente en él. La tranquila regularidad de las cosas que discurren y están contenidas como potencias listas para desplegarse en el universo de las cosas físicas. Basta cultivarlas, basta trabajarlas, para descubrir verdades bien redondas, en un proceso infinito, inagotable, como la vida misma que parece eterna para un día desaparecer, sólo desaparecer.

Gracias a la iniciativa del maestro Humberto Salazar, hoy podemos recrearnos en esta pequeña joya literaria de Arturo Cantú. Y por mi parte he mencionado otras dos, igual de preciosas pero no pequeñas, sino extensas. Me refiero a su investigación elaborada en Coplamar, y a su estudio del poema filosófico “Muerte sin fin” de José Gorostiza que tituló *En la red de cristal*; pero también a otras por ahí desperdigadas. Mucho valdría la pena discutir las, recuperarlas, reeditarlas. Creo que de esa manera la UANL fomentaría el legado universal y humanista que sembró Alfonso Reyes en estas tierras y del cual Arturo Cantú, su discípulo, es un heredero indiscutible. Una tarea sin duda difícil, pero también es cierto que intentarla contribuiría a hacer un poco más habitable nuestra deshumanizada realidad. Ojalá mi sugerencia caiga en terreno fértil.

“Intenten siempre lo más difícil”, fueron las inspiradoras palabras que nos dijo el maestro Cantú, nuestro padrino de la generación 1963-1968 de la Facultad de Economía. Faltaban pocas semanas para que iniciara el movimiento estudiantil de aquel año.

¿Percibió Arturo que muy pronto miles de jóvenes lo intentaríamos para tratar de cambiar el asfixiante mundo en que vivíamos? ¿Para tomar el cielo por asalto? No lo sé. Nunca se lo pregunté, pero creo haber encontrado la clave en mi limitado acercamiento a José Lezama Lima; clave que supone un puente entre dos escritores y poetas, el cubano y mi maestro Cantú. Apenas publicado, en el Grupo Socialista de la Facultad de Economía leímos *Paradiso*, y ahora que lo recuerdo, la atmósfera exuberante del barroco que se respiraba en ese libro, era semejante a la que estaba inmersa en nuestra generación y que culminaría con el estallido del movimiento estudiantil de 1968. “Sólo lo difícil es estimulante”, escribió Lezama Lima. Y en otro pasaje el escritor cubano relata: “Entonces se me ocurrió una temeridad, hacer una locura que fue mi sistema poético del mundo, que lo considero un intento de intentar lo imposible”. Y sobre ese su intento, Alfonso Alegre Heitzmann escribe en *Letras Libres* (número 37, enero del 2002) nos explica su objetivo: “Crear un sistema poético del mundo que no acabara en la obra literaria, sino que cambiara la realidad, que la hiciera de nuevo habitable en la poesía”. ¿Y no fue acaso ese el propósito de Arturo Cantú? Cambiar la realidad, hacer de su vida una larga poesía, una forma de conocer el mundo para transformarlo, para acabar con la pobreza, con la injusticia; pero también para intentar colmar con sorprendentes imágenes a través de las palabras, la abismal soledad de sabernos mortales.

Pero no se tomen muy en serio este mi supuesto hallazgo de la semejanza entre la forma de habitar la realidad de Lezama Lima y la de Arturo Cantú. Es apenas una intuición que tendría que seguir trabajando; aunque como diría Arturo, me “late” que por ahí va. Lo cierto es que diez años después, en 1978, mientras estaba exiliada en Italia, me escribió para decirme: “No intentes siempre lo más difícil”. Su rectificación me dejó un cierto sabor agridulce. Y entonces recordé aquel cuento de Chesterton que narra el caso de un ejército que fue derrotado por exceso de disciplina, lo que en términos militares es una inquietante paradoja, pero que bien puede ser una alegoría sobre el “intrépido corazón” que no alcanza a atrapar la “verdad bien redonda”. 